

Adhesión de las Fuerzas Armadas a las reformas

Teniente general Manuel Gutiérrez Mellado
Vicepresidente primero del Gobierno para
Asuntos de la Defensa y ministro de Defensa

[Transcripción del discurso pronunciado en la Brigada Paracaidista, Alcalá de Henares (Madrid), 29 de marzo de 1978]

PALABRAS CLAVE: Administración autonómica; Administración militar; Conflictividad militar; Defensa; Fuerzas armadas; Grupos terroristas; Legislación militar; Lucha antiterrorista; Manuel Gutiérrez Mellado; Nacionalidades; Política antiterrorista; Política de defensa; Reforma militar; Reforma política; Terrorismo; Transición española.

Señores:

Antes que nada expresarles la enorme satisfacción de estar con ustedes conviviendo estas horas. Como saben ustedes, antes de Nochebuena era mi deseo venir a compartir con ustedes unas horas de la vida diaria. Yo no he venido a inspeccionar nada; he venido con el Jefe de Estado Mayor y con el Capitán General, los dos mandos que, en diferentes sentidos, son de los que depende esta Brigada. Hemos escuchado la exposición de los principales problemas y estoy seguro de que ya han sacado al Jefe de Estado Mayor, por lo menos uno, para que esté resuelto en el día de hoy.

Mi visita, por tanto, repito que es convivir y estar con ustedes en un día corriente de servicio.

Tuve contacto con la Brigada por primera vez, además de las normales relaciones, cuando era Jefe de la Tercera Sección del Estado Mayor Central, con ocasión de la «Operación Pathfinder I». Entonces sí puedo decir que colaboré intensamente con ustedes y que esta Brigada quedó siempre muy bien. Me sirvió también esa ocasión para tener a mis órdenes a oficiales distinguidísimos, pero no voy a nombrar más que a uno, modelo de caballeros, modelo de soldados, modelo de caballero paracaidista: el capitán Galera. Sea con esta mención mi homenaje a todos los caballeros paracaidistas que han dejado su vida en el cumplimiento del deber.

En esta estancia con ustedes, quiero también traerles unas palabra de compañero, no solamente de ministro o de general; un mensaje de aliento, un mensaje de tranquilidad, un mensaje de confianza en esta unidad, pidiéndoles a ustedes que también nos

devuelvan esa confianza a los mandos que, aunque no estamos en ese puesto de riesgo, en ese puesto de constante servicio que están ustedes, también tenemos que cumplir deberes muchas veces no gratos, muchas veces, como yo diría, de «ciertas horas bajas». Y este optimismo que quiero transmitirles no es un optimismo frívolo, no es un optimismo de «todo va muy bien», ¡no!; es un optimismo basado en el conocimiento y en que somos conscientes de los graves, de los importantes problemas que tenemos en las Fuerzas Armadas.

Estoy seguro de que las mismas preocupaciones anidan en todos nuestros corazones, pero, respecto a los problemas, quiero decir que son muchos, que son antiguos, que son difíciles de resolver, pero que no nos desanimamos y, sin querer resolverlo todo de golpe, estamos intentando —y creo que logrando— ir resolviendo las cosas poco a poco. Yo les pido a ustedes otra vez confianza, un poco de paciencia y su colaboración para resolverlos.

Hay otros problemas nacionales que también nos preocupan a todos, pero que los diferentes escalones y los diferentes organismos tenemos que resolverlos, cada uno a nuestro nivel, y no pretender, en cambio, desde determinados puestos, querer resolver problemas que afectan a otros niveles.

Son muchos, como digo, pero también se intenta resolverlos. También se van a resolver y también se va a luchar para conseguir que desaparezcan poco a poco.

Yo no voy a hablarles hoy a ustedes más que de uno solo, y es que, aunque en el discurso de la Pascua Militar dije que «España es una y no vamos a dejar los españoles que la rompan», hay determinados sectores que no quieren enterarse o no pueden enterarse. Yo aprovecho esta ocasión, solemne para mí, de estar delante de una de las unidades más distinguidas del Ejército para decir que es preciso que se enteren de que el Gobierno, la Nación entera y las Fuerzas Armadas estamos dispuestos a que esas palabras no sean meras palabras, sino hechos. Y España va a seguir siendo una.

Yo rindo homenaje al espíritu que estoy seguro tienen con ese salto en el que todos los días exponen su vida, y sé que ese espíritu se forma, como decía vuestro General antes, porque, desde el General de la Brigada hasta el último soldado, comparten ese riesgo y ese peligro. Estoy seguro también de que han desechado la tentación de ser sólo deportistas y que, en cuanto termina ese salto, son ustedes magníficos soldados. Ambas cosas yo les pido que continúen cultivándolas.

Y por último, con mi saludo fraternal, les pido a ustedes que griten conmigo ¡Viva España! ¡Viva el Rey!